

NEW LEFT REVIEW 86

SEGUNDA ÉPOCA

MAYO - JUNIO 2014

EDITORIAL

SUSAN WATKINS Anexiones 5

ENTREVISTA

SULEIMAN MOURAD Los enigmas del libro 16

ARTÍCULOS

NANCY FRASER Tras la morada oculta de Marx 57
ROBIN BLACKBURN Acerca de Stuart Hall 77

SIMPOSIO

PETER DEWS ¿Nietzsche para perdedores? 99
RAYMOND GEUSS Sistemas, valores, igualdad 117
KENTA TSUDA ¿Una comunidad vacía? 128
MALCOLM BULL La política de la caída 137

CRÍTICA

ROB LUCAS Xanadú como Falansterio 149
CHRISTOPHER PRENDERGAST A través del «entre» 159
ANDERS STEPHANSON Un monumento a sí mismo 168

La nueva edición de la New Left Review en español se lanza desde el
Instituto de Altos Estudios Nacionales de Ecuador-IAEN,

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

© Instituto de Altos Estudios Nacionales (IAEN), 2014, para lengua española

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)



SUSCRÍBETE



traficantes de sueños

SUSAN WATKINS

Editorial

ANEXIONES

POCOS LÍDERES OCCIDENTALES dejaron de pronunciarse sobre la importancia de la soberanía, la integridad territorial y el imperio de la ley cuando Rusia decidió anexionarse Crimea el 18 de marzo. Según dijo Barack Obama a sus aliados de la OTAN en Bruselas, las cuestiones de soberanía deben resolverse por medios constitucionales y aplicando el derecho internacional, de forma que los Estados más poderosos no puedan amedrentar por las bravas a los que lo son menos. Cameron insistió en que los países no podían transgredir las reglas internacionales sin afrontar las consecuencias, y pidió hacer frente a la agresión. Merkel deploró que el principio de «la fuerza hace el derecho» estuviera prevaleciendo sobre la fuerza de la ley. Los dirigentes del G7 recordaron a coro que el derecho internacional prohíbe la apropiación del territorio de otro Estado mediante el uso de la fuerza. Cuando Gerhard Schröder mencionó que, siendo él canciller de la República Federal Alemana, ésta se había unido al resto de la OTAN en el bombardeo de un país soberano, Yugoslavia, sin respaldo del Consejo de Seguridad, fue amonestado severamente —«bochornoso» fue el término empleado— por su sucesora; el grupo Verde del Parlamento Europeo presentó una resolución tratando de prohibirle que hablara sobre la cuestión¹.

Hasta ahí las declaraciones. ¿Pero qué sucedió en otras ocasiones?

¹ Obama: Discurso en el Palais des Beaux-Arts, Bruselas, 26 de marzo de 2014; Cameron: Declaración al Parlamento, 10 de marzo de 2014; Merkel: Declaración, 13 de marzo de 2014; G7 (Reino Unido, Estados Unidos, Canadá, Francia, Alemania, Italia, Japón, acompañados por los dos presidentes de la UE): Declaración de La Haya, 24 de marzo de 2014; Schröder, «ZEIT-Matinee mit Gerhard Schröder vom 09.03.2014», YouTube; Verdes: Gregor Peter Schmitz, «Pipe it, Gerhard!», *Spiegel Online*, 13 de marzo de 2014.

I

Sáhara Occidental. Con una superficie de 266.000 km², es la patria del pueblo saharauí, y fue anexionado por Marruecos en 1975. La lucha de los saharauis por la independencia ya había obtenido de Madrid, durante los últimos años de la dictadura de Franco, la promesa de un referéndum de autodeterminación. En octubre de 1975 el Tribunal Internacional de La Haya rechazó la aspiración al dominio del territorio por parte del rey Hasán II de Marruecos, proclamando que los saharauis tenían derecho a la autodeterminación. La respuesta de Hasán II fue una «Marcha Verde» propagandística que invadió el Sahara español, respaldada por un ataque militar contra la organización guerrillera saharauí, el Frente Polisario. Ignorando la sentencia del Tribunal Internacional de Justicia, el Gobierno de Gerald Ford y la ONU promovieron la firma de un acuerdo entre España, Marruecos y Mauritania que excluía a los representantes saharauis; Juan Carlos de Borbón, actuando como jefe de Estado en funciones, cedió el territorio a esos dos últimos países en noviembre de 1975². Las fuerzas de ocupación marroquíes bombardearon poblaciones, ametrallaron columnas de refugiados y se apoderaron de las minas de fosfatos, imponiendo una dictadura policial que sigue todavía hoy en pie. Lejos de sufrir un aislamiento diplomático o económico, Rabat fue visitado por gobernantes israelíes en 1977 y alojó las reuniones con el Gobierno de Carter en las que se preparó el viaje de Sadat a Jerusalén en 1979. Aquel mismo año Hasán II fue premiado con ayuda militar estadounidense, francesa y saudí a gran escala que le permitió hacer retroceder a las guerrillas del Polisario, que iban hasta entonces ganando terreno. El Gobierno alauí sembró el desierto con minas y erigió un muro militarizado de arena de más de mil kilómetros de longitud, a fin de mantener a los saharauis fuera de su tierra. Una vez finalizada su construcción, la ONU ofreció la negociación de un alto el fuego, obteniendo en 1991 el acuerdo del Polisario tras prometerle una vez más un referéndum de autodeterminación, que Rabat viene demorando desde entonces con el pretexto de la elaboración de listas de votantes. El rey Hasán fue, mientras tanto, recibido con honores en el palacio de Buckingham y en el Elíseo, y los Clinton le ofrecieron una esplendorosa recepción en la Casa Blanca.

² Jacob Mundy, «How the US and Morocco Seized the Spanish Sahara», *Le Monde diplomatique*, enero de 2006.

Timor Oriental. Invadido por Indonesia en 1975. Esta antigua colonia portuguesa, la mitad de una isla al sur del archipiélago, vivió un breve momento de independencia tras la caída de la dictadura en Lisboa, ofreciendo un modelo de autodeterminación en obvio contraste con el reinado del terror que había impuesto Suharto en toda Indonesia desde 1965. Estados Unidos, su principal respaldo internacional, conocía el plan de invasión y no hizo nada para frenarlo; por el contrario, Ford y Kissinger estaban en Yakarta en una visita de Estado el día antes de la invasión de Timor Oriental; según un telegrama desclasificado del Departamento de Estado, aconsejaron a Suharto: «Es importante que cualquier cosa que usted haga triunfe rápidamente». El uso de armamento suministrado por Estados Unidos podría haber sido un problema, pero Washington esperaba poder «presentar» el ataque como un caso de autodefensa. La fuerza invasora indonesia, compuesta por 35.000 hombres, se lanzó a una serie de asesinatos y ejecuciones en masa, siguiendo el modelo de la masacre de comunistas diez años antes³. Decenas de miles de timorenses fueron encerrados en campos de concentración; Amnistía Internacional estimó entonces que alrededor de 200.000 personas, un tercera parte de la población, murieron durante los años siguientes por diversas enfermedades, de hambre o como consecuencia de acciones militares. Entre 1974 y 1979 el Gobierno indonesio se benefició de ayuda militar estadounidense por valor de 250 millones de dólares. Cuando las guerrillas del FRETILIN estaban todavía haciendo frente a la invasión de Yakarta, dos años después de la anexión, Carter envió una docena de aviones de contrainsurgencia para ayudar a acabar con ellas. Suharto fue agasajado en cada una de sus visitas a Washington por todos los presidentes, desde Reagan hasta Clinton. Tanto en Timor Oriental como en el Sahara Occidental, y tal como observó célebremente el embajador de Ford ante las Naciones Unidas, «Estados Unidos deseaba que las cosas sucedieran tal como lo hicieron, y se esforzó por conseguirlo»; el Departamento de Estado quería que las Naciones Unidas fueran «absolutamente ineficaces» en esos casos, y se aseguró de que así fuera⁴.

Palestina. 6.000 kilómetros cuadrados capturados; Jerusalén Este y otros 70 kilómetros cuadrados a su alrededor, anexionados⁵. La guerra de

³ Benedict Anderson, «Exit Suharto: Obituary for a Mediocre Tyrant», *NLR* 50, marzo-abril de 2008 [ed. cast.: «Sale Suharto. Necrológica para un tirano mediocre», *NLR* 50, mayo-junio de 2008, pp. 23-52].

⁴ Daniel Patrick Moynihan, *A Dangerous Place*, Nueva York, 1980, p. 279.

⁵ Yoni Mendel, «New Jerusalem?», *NLR* 81, mayo-junio de 2013 [ed. cast.: «La nueva Jerusalén», *NLR* 81, julio-agosto de 2013, pp. 38-62].

conquista de Israel en 1948-1949 había ampliado ya su territorio desde los 4.000 km² que ocupaba el Yishuv en 1937 a más de 20.000 km² en 1949, esto es, un 30 por 100 más de lo previsto por el Plan de Partición de la ONU, ya muy propicio a los colonos, que les concedía 14.000 km²; unos 700.000 palestinos vieron expropiadas sus tierras y se les impidió regresar a ellas. La respuesta occidental no fueron sanciones, sino el reconocimiento internacional y la admisión en la ONU, seguida por la ayuda en la obtención de armas nucleares. Cuando Israel se anexionó Jerusalén Este y sus alrededores en 1967 y se hizo con el control de Cisjordania y Gaza, incluyendo el acuífero central de las montañas, Washington se aseguró una vez más de que la ONU no hiciera nada para impedirlo: en definitiva, Estados Unidos había empleado cuarenta y dos veces su veto en el Consejo de Seguridad para proteger las acciones israelíes del oprobio, al tiempo que bloqueaba los esfuerzos palestinos por incorporarse a agencias internacionales, incluso a las más anodinas. Las microanexiones, mediante los asentamientos en Cisjordania, que ahora albergan a unos 350.000 ciudadanos –sujetos no a la jurisdicción de la Autoridad Palestina, sino a la israelí–, y el Muro de Separación, se han llevado a cabo bajo la cobertura de las conversaciones de paz patrocinadas por Estados Unidos. Israel sigue siendo el mayor receptor de ayuda militar estadounidense y de fondos de investigación de la Unión Europea.

Chipre. 3.350 km² anexionados por Turquía en 1974. La invasión turca –mediante tanques, aviones, navíos de guerra, artillería– dejó 4.000 muertos, expulsó a 180.000 grecochipriotas de sus hogares y estableció un Estado títere, todavía defendido por 35.000 soldados. Gran Bretaña, que controla una gran base militar en la isla, con diversas obligaciones pactadas, no hizo nada por impedirlo. Un breve embargo de armas del Congreso estadounidense a Ankara fue levantado por el presidente Carter. Turquía ha recibido desde entonces una generosa ayuda militar estadounidense, favores especiales del Fondo Monetario Internacional y un apoyo constante de Washington y Bruselas para su incorporación a la Unión Europea. Cuando el propio Chipre debía entrar en la UE, Estados Unidos y el Reino Unido trataron de legitimar la anexión turca forzando la aprobación de un plan patrocinado por la ONU, que habría ratificado la limpieza étnica de Ankara y mantenido en la isla las tropas turcas. El «plan Annan» fue, sin embargo, rechazado en un referéndum por una amplia mayoría de chipriotas. La ocupación militar por una potencia extranjera persiste hasta hoy día, dentro de la propia Unión Europea, sin una sola palabra de protesta de Bruselas.

II

Pocos principios han sido más enaltecidos por la «comunidad internacional» desde el final de la Guerra Fría como la idea de que los derechos deben estar por encima de la soberanía estatal, aunque se suele omitir de esa lista el derecho de autodeterminación nacional. Fue ese principio el que pisoteó la potencia invasora en el Sahara Occidental, Timor Oriental, Palestina y Chipre, encontrando en cada caso una prolongada resistencia popular: armada en el Sahara y Timor, tanto armada como pacífica en Palestina y plebiscitaria en Chipre, con el rechazo en las urnas del *diktat* de Annan. En cada caso, la agresión, con gran pérdida de vidas humanas, fue premiada por Occidente con espléndidas ayudas y la más cálida amistad.

Eso es lo que distingue el caso de Crimea, donde apenas nadie niega el hecho de que la mayoría de la población estaba a favor de unirse a Rusia, quizá apreciando en ella un nivel de vida más alto, y cuya anexión se produjo sin apenas un tiro: solo hubo un soldado muerto, frente a miles de muertes de civiles en los casos antes mencionados. Es bien sabido que Jruschov traspasó la administración de la península de la República Socialista Federativa Soviética Rusa a la República Socialista Soviética de Ucrania en 1954 de una forma típicamente autoritaria, sin ningún tipo de consulta popular. Durante la disgregación de la Unión Soviética, hubo una prolongada agitación por la secesión de Crimea. En un referéndum realizado en enero de 1991, siete meses antes de la declaración de independencia de Ucrania, Crimea votó a favor de convertirse en una república autónoma. En 1992 el Parlamento crimeo programó un referéndum sobre la independencia, anulado por el Gobierno de Kiev, que en su lugar ofreció un estatus de república autónoma. En 1994 el primer presidente de la República Autónoma de Crimea, que había sido elegido con un programa de unión con Rusia, convocó de nuevo un referéndum, por lo que Leonid Kuchma –el gobernante asesino de Ucrania en aquella época– abolió su cargo y puso a Crimea bajo el gobierno directo de la presidencia ucraniana.

Fue la acumulación de fuerzas rusas estacionadas mediante acuerdo en Crimea la que permitió que se realizara un referéndum siguiendo las mismas líneas que el que se impidió veinte años antes. El número de soldados aumentó de los 12.500 estipulados hasta 20.000. El Parlamento crimeo y otros edificios clave fueron tomados por fuerzas sin distintivos militares el 27 de febrero. En una sesión de emergencia la nueva mayoría parlamentaria juró su cargo y convocó un referéndum primeramente

para mayo y luego, una semana después, para el 16 de marzo. Los resultados oficiales –el 95 por 100 a favor de la unión con Rusia, con una participación del 83 por 100– no se corresponden con la distribución estimada de las opiniones en Crimea, donde el 24 por 100 de la población se considera a sí misma ucraniana y el 10 por 100 tártara; pero por más que los dirigentes de la OTAN se lanzaran en tromba contra el referéndum, tildándolo de haberse «celebrado a punta de fusil» –como si las elecciones organizadas por ellos mismos en Afganistán o Iraq no hubieran sido supervisadas por decenas de miles de soldados armados hasta los dientes–, nadie ha sugerido que la mayoría de la población de Crimea quisiera permanecer en Ucrania. Que la fuerza fuera necesaria para proteger la realización del referéndum es evidente; pero aquello no era Chechenia, donde Yeltsin y Putin rivalizaron con Hasán II y Suharto en la brutalidad con la que ahogaron en sangre un movimiento por la independencia nacional. Occidente no puso entonces objeciones⁶; por el contrario, mientras los tanques rusos entraban en la ciudad arrasada, Clinton les felicitó por la «liberación de Grozni».

Matizar no es aprobar. La retrógrada lógica de las intervenciones de Moscú ha servido para fortalecer a la extrema derecha ucraniana y ha contribuido a apuntalar al gobierno de transición en Kiev, aun cuando pone en práctica los salvajes recortes del FMI. Putin se ha convertido en el mejor sargento de reclutamiento de la OTAN. Pero permanece en pie el hecho de que Rusia está reaccionando, torpe y defensivamente, a un continuo empuje hacia el este de la OTAN, relacionado laxa pero sistemáticamente con los proyectos de ingeniería social de la Unión Europea. La Alianza Atlántica penetró en las fronteras exsoviéticas en 2004, con el ingreso en ella de Lituania, Letonia y Estonia (junto con Eslovaquia, Eslovenia, Bulgaria y Rumania). En 2008 Washington había puesto en su agenda la incorporación de Ucrania y Georgia.

III

El retorno de Crimea a Rusia fue consecuencia de la crisis en Ucrania, pero se trata de acontecimientos analíticamente distintos. Desde el desmoronamiento de la Unión Soviética, en Ucrania se ha ido constituyendo una versión latente del clásico vacío de poder, a raíz de la disgregación

⁶ Tariq Ali, «How Vladimir Putin became evil», *The Guardian*, 28 de marzo de 2014.

cultural y económica del país en dos mitades aproximadamente iguales. Bajo el sistema soviético la RSS de Ucrania nunca funcionó como un país homogéneo, en particular por la importancia de sus principales ciudades para el conjunto de la Unión Soviética: Donetsk, por el carbón y la ingeniería; Dnepropetrovsk, por los misiles; Jarkov, por los satélites y los tanques. Todas ellas tenían lazos más estrechos con Moscú que con Kiev, que a su vez era un centro industrial de alta tecnología vital para la URSS. Actualmente, la mayor parte del flujo de migrantes a la Unión Europea procede de las regiones occidentales menos pobladas –Lviv está tan solo a cincuenta kilómetros de la frontera polaca–, donde gran parte de la tierra agrícola ha sido arrendada a multinacionales y se han cerrado las fábricas. La fragmentación del país ha posibilitado un sistema político más abierto y pluralista que el de Rusia, al combinarse en competencia mutua distintos bloques de poder; pero también ha impedido que el Estado ucraniano alcanzara cierto grado de coherencia o estabilidad⁷. No solo es más débil que el ruso, sino también más corrupto, sometido a los intereses de los multimillonarios en competencia, cuyas oscilaciones en el poder se han convertido en marca distintiva de la historia reciente. Así Poroshenko, el magnate de la confección, y Pinchuk, yerno de Kuchma, pueden pretender hacerse con el control del aparato gubernamental en Kiev hasta un punto que los grandes magnates de Moscú, como Projorov o Jodorkovsky, ahora solo pueden soñar.

La debilidad congénita del Estado ucraniano, achacable a esas condiciones, ha llevado a Occidente y a Rusia a proyectar apuestas rivales para llenar el vacío estratégico. El margen de maniobra de ambos bandos está limitado por sus relaciones mutuas en otros lugares: Estados Unidos necesita la ayuda de Moscú en Afganistán y, sobre todo, Irán, una pieza mucho mayor que Ucrania; Rusia enfrenta el dominio de Washington sobre el sistema bancario internacional. En Ucrania, las prioridades para Moscú son dobles: impedir cualquier nueva penetración de la OTAN o la Unión Europea dentro de la ex-URSS y evitar el contagio de la menos ordenada esfera política ucraniana a la propia Rusia. Por parte occidental, la Unión Europea está demasiado enredada en la lógica y la retórica de la ampliación: si se puede invitar a Turquía, ¿por qué razones habría que excluir a Ucrania? Los costes –el PIB per cápita en Ucrania es ahora una

⁷ Para una comparación de las trayectorias postsoviéticas, véase Dmitri Furman, «Imitation Democracies», *NLR* 54, noviembre-diciembre de 2008 [ed. cast.: «Repúblicas exsoviéticas: democracias de imitación», *NLR* 54, enero-febrero de 2009, pp. 29-44].

tercera parte del de Turquía– y el riesgo de irritar a Rusia, su principal suministrador de gas, han inhibido durante mucho tiempo los deseos de la UE de impulsar decididamente esa política. Alemania, en particular, ha retrocedido, deteniendo en 2008 la entrada de Ucrania y Georgia en la OTAN. Pero otros Estados de la Unión Europea –en particular, Polonia y Suecia, las potencias que invadieron Rusia en los siglos XVII y XVIII– se han hecho mucho más agresivas en su presión a favor de un empuje hacia el este. Para Washington, por otra parte, se trata simplemente del automatismo imperial de la potencia hegemónica global: si hay un vacío de poder en un país de mediano tamaño, el movimiento reflejo inmediato del Departamento de Estado es entrar allí y hacerse con el mando. En Ucrania, Estados Unidos tiene mucho menos que perder que la Unión Europea, aunque también mucho menos que ganar que Rusia. Pero una vez que la crisis estalló en Kiev, Washington no pudo resistir la tentación de establecer allí un régimen a su gusto (como deja claro el explícito intercambio de opiniones entre sus funcionarios reproducido a continuación). Un número posterior de la revista examinará la escena dentro del país y evaluará las consecuencias de esas presiones externas, que sobredeterminan el destino del pueblo ucraniano, cuyas necesidades les son extrañas a todos ellos.

Transcripción de la conversación Nuland-Pyatt

El registro grabado de esta discusión entre la funcionaria del Departamento de Estado Victoria Nuland y el embajador Geoffrey Pyatt fue publicado el 7 de febrero de 2014 y está disponible en el sitio web de la BBC. Ofrece una vívida imagen del proceso de interferencia imperial en el exterior —«gestión de personalidades»— que esos funcionarios aplicaban tratando de moldear la composición del nuevo Gobierno ucraniano. Alemania venía apoyando al antiguo boxeador Vitali Klitschko, aunque el jefe de personal de Merkel, Ronald Pofalla, advirtió sobre sus problemas matrimoniales¹. Nuland aparece decidida a excluirlo en favor de Arseniy Yatseniuk, antiguo banquero y jefe de la fundación Abrir Ucrania respaldada por Estados Unidos, que tiene «experiencia económica». A la vez se refiere a los funcionarios de la ONU que «ayuden a hacer cuajar el proyecto»: un subsecretario general estadounidense de la organización, Jeff Feltman, propone como enviado de la ONU al antiguo embajador de los Países Bajos en Ucrania, Robert Serry. Los acontecimientos desde que la grabación fue publicada se han correspondido estrechamente al escenario que Nuland y Pyatt diseñaron: el 23 de febrero Yatseniuk fue nombrado primer ministro del Gobierno provisional ucraniano; el 29 de marzo Klitschko renunció a su candidatura para las elecciones presidenciales de mayo.

VICTORIA NULAND: ¿Qué piensa usted?

GEOFFREY R. PYATT: Creo que estamos en la jugada. El peón Klitschko es evidentemente el electrón complicado en esto, en particular por el hecho de que lo hayan anunciado como viceprimer ministro. Usted vio mis notas sobre los problemas de su matrimonio en este momento, así que estamos tratando de obtener una lectura muy rápida para ver dónde está en este asunto. Pero pienso que su razonamiento para él, lo que usted tendrá que decirle —creo que es el próximo contacto telefónico que usted quiere organizar—, es exactamente lo mismo que hizo usted con Yats [Yatseniuk]. Me alegra que usted lo haya puesto donde debe estar en ese escenario y me alegra mucho que él dijera lo que dijo.

¹ Nikolaus Blome, «Round Two: EU Grooming Klitschko to Lead Ukraine», Spiegel Online, 10 de diciembre de 2013.

V. NULAND: Bien. Yo no creo que Klitsch [Klitschko] deba estar en el gobierno. No creo que sea necesario. No creo que sea buena idea.

G. R. PYATT: Sí, bueno, supongo... En cuanto a no ponerlo en el gobierno, yo lo dejaría fuera para que haga su trabajo político. Solo pienso en cómo hacer que las cosas avancen. Tenemos que mantener juntos a los demócratas moderados. El problema van a ser Tiagnibok y sus muchachos. Y estoy seguro de que eso entra en los cálculos de Yanukovich.

V. NULAND: Yo creo que Yats es el hombre. Tiene experiencia en economía y tiene experiencia en gobernar. Él es el hombre. Lo que necesita es que Klitsch y Tiagnibok le ayuden desde fuera, va a tener que hablar con ellos cuatro veces por semana; ya sabe, lo que yo creo es que, si entra Klitschko, tendría que estar a ese nivel trabajando para Yats..., y eso no va a funcionar...

G. R. PYATT: Sí... Sí... Creo que es cierto. Ok, está bien. ¿Usted quiere que organicemos una llamada con él como próximo paso?

V. NULAND: Mi idea sobre esa llamada –pero usted me dirá– es que los tres grandes iban a hacer su propia reunión y que en ese contexto Yats les propondría, ya sabe usted, una conversación «3+1» o «3+2», si usted participa. ¿No lo ve usted así?

G. R. PYATT: No. Creo que eso es lo que él propuso, pero, conociendo la dinámica interna del grupo cuando Klitschko era el macho alfa, él va a aparecer en cualquier reunión y seguramente ya está hablando con sus muchachos en este momento. Por eso creo que, si usted se dirige a él directamente, eso ayudaría a la gestión de personalidades entre los tres. Eso también le daría a usted la posibilidad de actuar rápidamente en todo esto y nos permitiría estar detrás cuando todos ellos se sienten y él explique por qué no está de acuerdo.

V. NULAND: Ok. Bueno. Eso me gusta. ¿Por qué no se pone usted en contacto con él para ver si prefiere hablar antes o después?

G. R. PYATT: Ok, lo haré. Gracias.

V. NULAND: Bueno, una cosa más... No recuerdo si se lo dije a usted o si solo se lo dije a Washington. Cuando hablé con Jeff Feltman esta mañana, él tenía un nuevo nombre como representante de la ONU: Robert Serry. ¿Se lo dije a usted esta mañana?

G. R. PYATT: Sí, ya lo vi.

V. NULAND: Ok. Pues bien, hoy consiguió, tanto de Serry como de Ban Ki-moon, que Serry venga el lunes o el martes. Sería formidable, me parece, para ayudar a hacer cuajar el proyecto y para tener la ayuda de la ONU para hacerlo cuajar. ¿Y, sabe usted?, ¡que se joda la Unión Europea!

G. R. PYATT: No... exactamente. Y creo que tenemos que hacer algo para mantenerla de nuestro lado, porque puede estar usted segura de que, si empieza a tomar altura, los rusos trabajarán entre bastidores para tratar de torpedearlo. Y, repito, el hecho que esté ahí fuera en este momento... Todavía sigo tratando de entender por qué Yanukovich [*ininteligible*] eso. Por lo pronto, se está reuniendo ahora mismo una corriente del Partido de las Regiones y estoy seguro de que hay una discusión muy animada sobre el tema en ese grupo en este momento. Pero, de todas maneras, podemos lograr que la tortilla caiga del lado correcto si actuamos rápidamente. Así que déjeme trabajar a Klitschko y si usted puede por lo menos mantener... Creo que solo tendríamos que tratar de encontrar que alguien con una personalidad internacional venga y ayude a concretar nuestro proyecto. El otro problema es cómo acercarse a Yanukovich, pero mañana hablaremos de eso a medida que veamos cómo van saliendo las cosas.

V. NULAND: En cuanto a eso, cuando le escribí la nota, Sullivan [Jacob Sullivan, que fue consejero del vicepresidente Joe Biden] me respondió de manera muy formal diciéndome que para eso necesito a Biden y yo le dije que probablemente mañana, para dar un toque y ultimar detalles. Así que Biden está dispuesto.

G. R. PYATT: Ok. Perfecto. Gracias.